

MONOGRÁFICO

DISCURSOS QUE ORIENTAN EL CAMPO DEL MOVIMIENTO HUMANO Y EL PROBLEMA DE LA FORMACIÓN DEL PROFESORADO (1)

RICHARD TINNING (*)

1. DEFINIENDO EL ÁREA. ¿CUÁL ES NUESTRA ÁREA?

En muchas universidades del mundo occidental, los departamentos o facultades de EF están cambiando su denominación. El nombre que parece tener más aceptación en los Estados Unidos es el de Kinesiología; en Australia es el de Ciencias del Movimiento Humano y del Deporte, y en el Reino Unido es el de Ciencias del Ejercicio y de los Deportes. Aquí, en España, la Universidad de Granada, entre otras, está probablemente marcando el camino con su Facultad de Ciencias de la Actividad Física y el Deporte.

La expresión *Educación Física*, como término genérico está pasada de moda. Los recursos necesarios para el mantenimiento de un centro, para financiar proyectos de investigación, así como otros tratos de favor, resultan mucho más accesibles para aquellas facultades que han evitado el título de Educación Física o que lo han situado en una posición marginal respecto al de las ciencias del ejercicio y del deporte. Esta tendencia es, a la vez, efecto y causa del hecho de que es el discurso de la ciencia el que ha acabado por dominar nuestro ámbito.

A lo largo de este artículo, con el propósito de mantener una cierta consistencia y, espero claridad, usaré el término *movimiento humano* para representar de forma genérica el campo que incluye la Educación Física, las ciencias del deporte, la recreación, el entrenamiento deportivo, la gestión del ejercicio y demás (véase figura 1). En mi opinión, y sé que ha habido incontables discusiones sobre la denominación de nuestra área (véanse por ejemplo los debates sobre la Kinesiología en *Quest*, (1990, p. 91), es útil pensar en todo lo que concierne al movimiento humano como algo compuesto por varios ámbitos profesionales en donde la Educación Física se corresponde con el mundo profesional de la enseñanza. El profesorado de Educación Física trabaja en un contexto es-

(*) Universidad de Deakin. Australia.

(1) Este artículo es una versión de la ponencia impartida en el Congreso Mundial de la Actividad Física y el Deporte (Granada, nov.-93). El título de dicha ponencia fue *La Educación Física y las ciencias de la actividad física y el deporte: áreas de saber adversas o simbióticas*.

colar y su objetivo es la educación y la participación en el movimiento. Las ciencias del deporte se centran en el incremento del rendimiento deportivo. Los científicos de los deportes profesionales trabajan en universidades, laboratorios, institutos para la condición física, etc. y su labor se dirige fundamentalmente a los atletas de élite. La recreación para las poblaciones especiales es otra área que se centra en las personas con discapacidades físicas, en los ancianos o en otros grupos especiales (no de élite). El objetivo de estos profesionales consiste en lograr la participación en el movimiento y la rehabilitación.

ESQUEMA 1

El campo del movimiento humano

Ciencias del ejercicio	Educación Física	Recreación
Objetivo: Incremento del rendimiento.	Objetivo: Educación, participación.	Objetivo: Participación y rehabilitación.
Ámbito: Atletas de élite.	Ámbito: Escolar.	Ámbito: Poblaciones especiales.

2. LOS DISCURSOS QUE ORIENTAN NUESTRO ÁREA

¿Qué quiero decir exactamente al hablar de discursos que orientan? El concepto de *discurso* resulta muy práctico y útil. En el contexto de este artículo, uso el vocablo *discurso* para referirme o significar un patrón recurrente en el lenguaje (o en las imágenes visuales) en torno a un fenómeno, que muestra la realidad de una determinada forma. Representa una visión del mundo que acaba convirtiéndose en parte del modo dado por supuesto en que un fenómeno, como el deporte o la actividad física ha de entenderse (Sage, 1993, p. 154).

Es importante notar que en todas las prácticas profesionales existen unos discursos que se convierten en dominantes mientras que otros son marginados o desplazados a un segundo plano. En la medicina occidental, por ejemplo, son los discursos de las ciencias los que dominan, mientras que otras formas de pensar en torno al cuerpo y la salud son definidas como alternativas. Lo mismo ocurre en el campo del movimiento humano. Por ello, si queremos entender por qué una profesión dirige su atención colectiva sobre ciertos temas y no sobre otros, y por qué los cursos de formación de los futuros profesionales de nuestra área están tan dominados por ciertos discursos, es necesario conocer la forma en que éstos funcionan.

En mi opinión, resulta útil pensar en la existencia de dos grandes discursos básicos orientadores de nuestro trabajo como profesionales del campo del movimiento humano (ver figura 2). Éstos son los del rendimiento (siguiendo a Whitson & McIntyre, 1990), y los de la participación. De entrada, reconozco los peligros inherentes a este intento de clasificar o denominar tales orientaciones ya que existen siempre excepciones y factores desconcertantes o confusos que es necesario considerar. Sin embargo, a pesar de ello,

considero que este marco puede proporcionarnos una importante ayuda heurística a la hora de reflexionar sobre nuestro trabajo profesional y sobre las formas apropiadas de formación para tal tarea.

ESQUEMA 2

El campo del movimiento humano

Discursos del rendimiento

Discursos de participación

Los discursos del rendimiento

La preocupación esencial de los profesionales del movimiento humano que trabajan como científicos del ejercicio y como entrenadores en deportes de élite radica en incrementar el rendimiento. Los discursos que guían su actividad son los de la ciencia. Ésta es utilizada como el método (o el medio) para mejorar el rendimiento (el objetivo o el fin). La principal consideración de tales discursos se refiere al modo en que el rendimiento puede mejorarse. Las interrogantes predominantes versan en torno a los medios más idóneos para lograrlo. En nuestras universidades, estos discursos están representados en las materias o cursos de biomecánica, fisiología del ejercicio, psicología del deporte, medicina deportiva, sistemas de entrenamiento, tests, mediciones y demás. El lenguaje del discurso del rendimiento gira en torno a la selección, el entrenamiento, la exclusión, la supervivencia del más fuerte, la competición, y a expresiones como «el punto más alto», «sin dolor no hay ganancia», «umbrales de cargas de trabajo», «progresión en las sobrecargas», etc.

Los discursos de participación

Con la expresión discursos *de participación* me refiero a los discursos que subyacen y sustentan la orientación y los objetivos de aquel grupo de profesionales del movimiento humano que ejercen como profesores de EF en las escuelas, como trabajadores en el área de la recreación con los ancianos, los discapacitados y otras poblaciones *especiales*. Su misión profesional consiste en incrementar la participación en la cultura del movimiento (véase Crum, 1993), con todos los valores terapéuticos y educativos que pueden derivarse de dicha participación. Mejorar el rendimiento no constituye pues su razón de ser. En consecuencia, el saber al que más frecuentemente recurren en su práctica profesional se deriva de las ciencias sociales (sociología, psicología, psicología social, antropología, etc.) y educación (pedagogía, didáctica). El lenguaje de los discursos de la participación versa en torno a la inclusión, la igualdad, el compromiso, el disfrute, la justicia social, la asistencia, la cooperación, el movimiento, etc.

3. DISCURSOS DOMINANTES EN NUESTRA ÁREA

Es importante hacer constar, sin embargo, que ambos discursos, el del rendimiento y el de la participación, no comparten un *status* similar en nuestro ámbito de estudio.

Más bien, al contrario, el campo del movimiento humano ha venido a estar progresivamente dominado por los discursos orientados hacia el rendimiento.

Si consideramos un diseño curricular típico de los estudios sobre el movimiento humano en la mayoría de los países occidentales, encontramos que las materias dominantes son aquellas que se consideran necesarias para el desempeño de los papeles profesionales orientados hacia el rendimiento (véase Macdonald, 1992). Dado que tales materias se basan en los discursos de la ciencia, contribuyen a reforzar una visión particular del movimiento humano y del mundo. Sin embargo, no es ésta una concepción que sea aceptada de forma universal. Ciertamente, en los últimos años dicha visión científica está siendo sometida a una crítica creciente desde distintos frentes. Hay críticas que emanan de las propias ciencias, de los sociólogos y filósofos de la ciencia y de distintos académicos dentro del campo del movimiento humano.

Es significativo que algunas de las más recientes críticas sobre la orientación de nuestra materia provengan de respetables académicos de las áreas más establecidas y dominantes que no pueden ser calificadas peyorativamente de radicales izquierdistas marginales. Uno de estos académicos que se ha unido al grupo de los disidentes, George Sage, argumenta que el mundo no se termina en la valla del campo de deportes, las paredes del gimnasio o la puerta del laboratorio y que los profesionales del movimiento humano deberían «considerar que su papel consiste en algo más que contribuir a la reproducción social, que existe también la necesidad de resistencia y oposición» (Sage, 1993, p. 162).

Sage plantea diversas cuestiones de gran relevancia sobre las relaciones entre la profesión del movimiento humano y la sociedad a la que se supone que sirve. Dirige nuestra atención hacia el hecho de que nuestro trabajo profesional debe ser concebido como parte de un escenario social más amplio y que, por tanto, debemos considerar la forma en que contribuimos a la construcción de un mundo mejor. Los discursos que subyacen en la argumentación de Sage son los de la responsabilidad compartida, el cambio social, la inclusión, la igualdad y la justicia. Son discursos de participación más que de rendimiento.

Llegado a este punto, parece útil reconocer que la disciplina del movimiento humano no presenta sólo hacia reverencia la ciencia y la ideología de la racionalidad tecnocrática que subyace en dicha orientación. Donald Schon (1983) proporciona datos suficientes que demuestran que la epistemología de la mayoría de las profesiones se apoya de igual modo en premisas similares. Sin embargo, como señala el mismo autor, la formación que reciben la mayoría de los profesionales no les prepara para afrontar la práctica profesional de hoy día, que es cada vez más impredecible, compleja, contextualmente específica y está cargada de valores.

Pero, ¿para qué se forma realmente a los profesionales del movimiento humano y cuál es la naturaleza de su misión profesional?

4. ¿TIENE EL ÁREA DEL MOVIMIENTO HUMANO UNA MISIÓN A LA QUE SERVIR?

En un artículo reciente, Hal Lawson (1993) realiza un excelente análisis de los orígenes de la Educación Física como una profesión asistencial y/o de servicio en los Esta-

dos Unidos, deteniéndose de un modo especial en el papel que Dudley Sargent desempeñó en su historia. En su análisis, Lawson defiende que Sargent y muchos de sus contemporáneos de finales del siglo pasado creían que la «gente ordinaria era inherentemente débil y que necesitaba ser protegida contra su propia locura y temeridad». Estos primeros profesionales del movimiento humano estaban preocupados –y con razón– por las enfermedades provocadas por la industrialización, y defendieron con un celo evangelizador «programas de ejercicios destinados a restaurar y mantener la salud corporal de las masas» (Lawson, 1993, p. 3). Lawson continúa diciéndonos que «Sargent, como otros muchos en nuestro campo, creían que sin obligación y regulación la mayoría de las personas necesitadas de estos ejercicios no tendrían ninguna experiencia de ellos». Lo que es más, «sin una regulación profesional, la salud, estilos de vida y la vida de la gente ordinaria se vería afectada negativamente» (p. 4). ¿Nos suena esto, en algún sentido, a familiar? Debería, puesto que éste es un discurso muy similar al que proclaman hoy muchos de los profesionales del movimiento humano.

En esta concepción asistencial de la profesión de principios de siglo se halla implícita la orientación de servicio a otros que, en un sentido u otro, son menos afortunados de lo que sería deseable. Una profesión asistencial está, por tanto, interesada en ayudar a la gente ordinaria a conseguir una vida «mejor».

La argumentación de Lawson señala que, al menos a principios de este siglo, las profesiones asistenciales, como la del movimiento humano, emergieron para regular las vidas de la gente por su propio bien e interés. Hubo en juego una mezcla de paternalismo, pretensión evangelizadora y arrogancia. Hubo –y hay– expertos (profesionales) que *sabían* lo que era mejor para la gente y que creían que ellos solos podían proporcionar el remedio adecuado. Obviamente, si los profesionales han de ser capaces de proporcionar la solución al problema esto estará condicionado a la posesión del saber apropiado. En consecuencia, un programa de formación debería equipar a los futuros profesionales con dichos saberes. Lo que es más, la naturaleza del problema al que habrán de dar respuesta deberá ser, en sí misma, definida o establecida.

Interrogantes y saberes favorecidos

Podemos aprender mucho de un campo profesional estudiando tanto el tipo de preguntas que en él se plantean como las más relevantes, así como la problemática que en él se establece como prioritaria. Resulta muy instructivo considerar qué problemas son estimados como prioritarios en el campo del movimiento humano y cuáles quedan relegados a un segundo lugar. ¿Por qué, por ejemplo, las cuestiones relativas al rendimiento son las dominantes mientras que las referidas a los problemas éticos en el deporte son cuestiones marginales? ¿Cómo la temática del funcionamiento biológico del cuerpo ocupa un lugar preponderante y se ignora la teoría social del cuerpo? ¿Por qué, en la investigación en Educación Física, los temas del tiempo de aprendizaje han recibido una atención mayor que los concernientes con la justicia social y la igualdad? Para poder contestar estas preguntas necesitamos entender la forma en que las profesiones definen y plantean los problemas que, entonces, tratan de resolver mediante la aplicación de su saber y habilidades profesionales.

Consideremos lo que acabo de decir en el contexto de un programa de estudios del movimiento humano en una institución típica universitaria. Una carrera (unos cursos) que prepara a los futuros profesionales constituye realmente una respuesta a una pregunta muy concreta: «¿cuál es el saber necesario que hay que proporcionar a un profesional para que pueda ejercer y/o practicar su profesión?». Esta cuestión conlleva alguna elección entre al tener que determinar cuál es el saber que se considera esencial y el que no resulta serlo. Como ha explicado Lawson (1984), el establecimiento (o definición y resolución) de unos determinados problemas constituye una forma de configuración y delimitación de lo social mediante la cual unas temáticas pierden toda posibilidad de ser consideradas, a la vez que otras pasan a un primer plano y se convierten en el foco de atención. El establecimiento de problemas es un acto político íntimamente relacionado con el poder, el control y lo que cuenta como saber legítimo en la cultura de nuestra profesión.

La investigación de Doune Macdonald (1992) sobre el programa de estudios a seguir para la obtención de la titulación en Movimiento Humano en una importante universidad australiana resulta esclarecedora en este contexto. Macdonald concluyó que la mayoría de las facultades y estudiantes consideraban que las asignaturas basadas en las ciencias (los discursos del rendimiento) eran más importantes para su formación profesional que las basadas en el saber de las ciencias sociales (discursos de participación). Esta percepción de lo que constituye el saber relevante se manifestaba en cosas tales como el *status*/privilegio concedido a ciertos miembros de las facultades (becas de investigación, laboratorios costosos, promoción, etc.), la cantidad y proporción del tiempo del currículum dedicado a los diferentes campos de saber, y el esfuerzo del alumnado en el estudio de las diferentes asignaturas. Las *asignaturas importantes*, como la fisiología del ejercicio, concentraban el mayor tiempo de estudio y eran tratadas más seriamente.

Existe una relación circular entre la valoración del saber informado por los discursos del rendimiento y la estructura de todos los programas de estudios universitarios. En muchas universidades, los académicos que valoran los discursos del rendimiento desempeñan posiciones de liderazgo y, en consecuencia, tienen una mayor influencia en la estructuración de los programas. El alumnado que escoge o pasa por dichos programas percibe la preeminencia de ciertas visiones del saber sobre otras y, por tanto, cuando se gradúa y asuma responsabilidades profesionales, perpetuará dichas perspectivas puesto que son las que utilizará para establecer cuáles son los problemas relevantes, así como para seleccionar los métodos que empleará para solucionarlos.

Dado que desde Dudley Sargent hasta ahora han cambiado muchas cosas, ¿es apropiado pensar todavía en el movimiento humano como un área profesional asistencial y/o de servicio? Si es así, ¿a quién se plantea qué debe servir y sobre qué supuestos se apoya su misión? Para contestar a estas cuestiones es necesario considerar separadamente el trabajo de aquellos para los que su objetivo está en el incremento del rendimiento y el trabajo de aquellos que estiman que el fin de la disciplina del del movimiento humano es la participación.

Profesionales orientados al rendimiento: ¿a quién sirven?

En mi opinión, los profesionales que trabajan en las ciencias del deporte y en el entrenamiento de élite sirven principalmente a los atletas de élite y a las instituciones que

apoyan los deportes de competición. Aunque algunos de ellos pueden afirmar que el saber que desarrollan es también de utilidad para las personas ordinarias, este argumento se parece bastante al que ofrecen los profesionales de las carreras de coches que defienden que el deporte del motor tiene repercusiones positivas para el motorista medio. Pero incluso si este argumento pudiera sostenerse, nosotros debemos retomar tema del propósito primero y principal de su trabajo... su misión profesional.

Los clientes de los científicos del deporte no son, en general, personas o grupos en situación de desventaja. No son tampoco gente *ordinaria*. Por el contrario, la creciente comercialización del deporte y la mercantilización del cuerpo y de la actividad física, que ha tenido lugar a partir de la década e los sesenta, ha significado, en mi opinión, que las ciencias de los deportes estén más a menudo al servicio de instituciones que se benefician del tratamiento del cuerpo como una mercancía (véase Fitzclarence, 1990). No hay ninguna duda de que en el mundo comercial lo que importa es el rendimiento. Significa dinero, becas de investigación, patrocinadores, prestigio y orgullo nacional. Pero de la mano de tales beneficios vienen también algunos problemas; problemas que son a menudo ignorados o marginados en la práctica profesional y en los programas de formación de los futuros profesionales.

Pero si alguien quiere mejorar el rendimiento deportivo, tiene que reconocer que el saber que se le ofrece mediante las ciencias del deporte le resulta manifiestamente útil. Sin embargo, del mismo modo que la ciencia médica occidental no tiene todas las respuestas para los problemas médicos, tampoco las ciencias del deporte, que están impregnadas de discursos científicos similares, tienen todas las respuestas para los deportes de alto rendimiento.

Aunque hay trabajos en el campo de la biomecánica sobre problemas asociados a cosas como, por ejemplo, el diseño de la silla de ruedas, que cumplen una función de servicio a las personas parapléjicas, dentro de los profesionales del movimiento humano orientados al rendimiento, son quizás los fisiólogos del ejercicio los que pueden postular para sí mismos una cierta función asistencial. El trabajo de los fisiólogos del ejercicio ha tenido a menudo un impacto en aquellos profesionales cuyo trabajo está orientado hacia la participación. Pero esto se ha debido principalmente a la supuesta relación existente entre la salud y la actividad física. Ciertamente, la influencia de los fisiólogos del ejercicio se ha apoyado con mucha frecuencia en la tenue premisa de que «estar en forma equivale a salud».

En este contexto, parece interesante notar el modo en que, a medida que el campo del movimiento humano se ha ido apropiando de los discursos científico-médicos, ha ido acogiendo los mensajes que defienden la relación entre ejercicio y salud; a la vez que se ignoraban aquellos otros que revelan que la búsqueda del incremento del rendimiento por medios científicos conlleva a menudo asociados costes para el bienestar físico individual.

No existe la menor duda de que algunos fisiólogos del ejercicio desempeñan el papel de los actuales evangelistas del ejercicio. Al hacerlo, se asemejan a los educadores físicos de la época de Dudley Sargent. Pero, en vez de estudiar las enfermedades causadas por las plagas de la revolución industrial, el fisiólogo del ejercicio de nuestros días hace afirmaciones similares sobre el valor de su saber profesional para curar la enfermedades hipocinéticas del siglo XX.

Sin embargo, en comparación con el objetivo de incrementar el rendimiento deportivo de los atletas de élite, las contribuciones específicas a la mejora de la vida del ciudadano ordinario de algunos fisiólogos del ejercicio deben, en general, ser consideradas como un interés profesional menor para este grupo de profesionales del movimiento humano.

Profesionales orientados a la participación: ¿a quién sirven?

Ciertamente, al menos a primera vista, el objetivo de la mayoría del profesorado y de los trabajadores del campo de la recreación para la tercera edad y para las personas discapacitadas es mejorar las circunstancias vitales de la gente común. En este sentido, son profesionales asistenciales. Su misión, su razón de ser, tiene que ver con contribuir de forma educativa y terapéutica a la participación en la cultura del movimiento. Naturalmente, hay profesores y, presumiblemente, algunos trabajadores del ámbito de la recreación que piensan que la mejora del rendimiento constituye un aspecto central de su misión. Pero, en términos generales, estos profesionales encuentran que tal creencia no se corresponde con las *necesidades* de sus clientes.

Ocurre a veces que las *necesidades* son creadas por los propios profesionales. Como ha mostrado Lawson (1993) en su evaluación de la contribución de Dudley Sargent, una gran parte del trabajo profesional se basa en la premisa de que son los propios profesionales (expertos) los que saben qué es lo mejor para la gente, y que sólo ellos, antes que cualquier otro grupo profesional, poseen el conocimiento experto necesario para ayudar a los clientes a satisfacer sus necesidades. Los profesionales del movimiento humano han sido tan culpables de esta forma de paternalismo como la mayoría de las demás profesiones. Sin embargo, con la excepción de la EF escolar, la participación voluntaria de los clientes posibilita un cierto examen de este problema.

En mi opinión, no resulta apropiado etiquetar el campo del movimiento humano en su conjunto como uno que tenga una misión asistencial. Debemos ser más precisos al describir a qué grupo de profesionales dentro del campo nos estamos refiriendo. Como he explicado, el campo del movimiento humano está compuesto por profesionales con diferentes misiones o propósitos y, en términos generales, sólo aquellas personas que desarrollan su labor en las profesiones orientadas hacia la participación pueden considerar que su trabajo tiene una prioritaria función asistencial.

5. EL PROBLEMA DE LA FORMACIÓN PROFESIONAL

Creo que debemos empezar reconociendo la existencia de considerables tensiones entre los distintos discursos que orientan nuestra área. Siendo así, considero más apropiado hacer patente la preocupación sobre el dominio de los discursos del rendimiento en los cursos y programas de formación de las personas que han de trabajar como profesionales orientados a la participación. Permittedme continuar haciendo referencia a la forma en que nuestra disciplina trata el cuerpo humano como saber esencial para su profesión, y el modo en que prepara al profesorado de Educación Física.

La cuestión del cuerpo

Uno de los ejemplos más obvios de los prejuicios o sesgos del saber de nuestra área tiene que ver con el estudio del cuerpo humano. El cuerpo es el tema central de nuestro trabajo, pero las disciplinas con las que educamos a nuestros futuros profesionales emanan casi totalmente de los discursos de la ciencia. Estudiamos anatomía, fisiología, medicina del deporte y biomecánica, y todas estas materias se basan en una forma particular de concebir y teorizar sobre el cuerpo. Son visiones funcionalistas y estructuralistas (fundamentalistas) del cuerpo (ver Shilling, 1993). Éste es considerado un objeto susceptible de ser diseccionado, medido, sometido a prueba, mantenido, puesto a punto y comparado. Nuestra comprensión básica del cuerpo se inserta en la analogía del cuerpo máquina que resulta ser reduccionista y mecanicista.

En un número especial de la revista *Quest* (1991), los lectores fueron introducidos a la cada vez más profusa literatura de la sociología del cuerpo, literatura que se basa en las ciencias sociales y se apoya en discursos diferentes a los de las ciencias bio-médicas, y desafía la ortodoxia. En particular, han sido los académicos de la teoría social y de la teoría feminista los que han prestado al cuerpo una atención especial y han teorizado sobre él. Su trabajo abunda en la idea de que los cuerpos no son meros organismos biológicos sino que tienen también significados sociales: son socialmente construidos (Shilling, 1993); están sexuados (Dewar, 1987; Theerge, 1991; Connell, 1987), y son tanto natura como cultura (Kirk, 1993).

No es éste el lugar para considerar en detalle estos temas, pero estoy de acuerdo con McKay, Gore y Kirk (1990) cuando sugieren que el hecho de que encontremos ahora estudiosos del movimiento humano, que investigan y se adentran en los terrenos de la sociología del cuerpo, constituye una tendencia estimulante y positiva que puede contribuir a superar la estrecha ortodoxia científica que orienta nuestra forma de entender el cuerpo. El dominio de la ortodoxia biomédica asegura que los discursos del rendimiento continúen ocupando el primer plano y que los de la participación sigan quedando relegados. Los programas de formación de nuestras universidades reflejan este problema. Para aquellos profesionales del movimiento humano que trabajan en centros escolares y en contextos recreativos, el saber de la teoría social del cuerpo resulta absolutamente esencial. Conocer el funcionamiento biomecánico del cuerpo es también importante pero no a costa de la sociología del cuerpo.

La formación del profesorado

En muchas de las facultades contemporáneas de cinesiología, movimiento humano, ciencias del ejercicio o ciencias de la actividad física y el deporte, la formación del profesorado ha pasado a ser una tarea o empresa marginal. Además, los contenidos y materias más valorados (léase esenciales) para la enseñanza de la EF son los de las ciencias del ejercicio (ver Tinning, 1992). Éste es el motivo por el que tantos docentes dirigen la atención de sus clases hacia la forma física y el entrenamiento de las habilidades deportivas (ver Peiró y Devís, 1993).

A los licenciados, que en el transcurso de sus estudios han seguido programas que enfatizan las ciencias de la actividad física y el deporte, les resulta muy difícil adaptarse a las expectativas profesionales de la enseñanza escolar. Su percepción y comprensión de la Educación Física tiene lugar a través de las lentes del rendimiento deportivo. Como el tipo de saber que les ayudaría a trabajar en un medio laboral de orientación asistencial estuvo durante sus años de formación tan marginado en relación al de la ciencia, estas personas están deficiientemente preparadas para la tarea profesional por ellos elegida.

Sin embargo, la formación del profesorado de Educación Física está ahora repleta de llamadas en pro de unos currícula con un contenido social más crítico (véanse, por ejemplo, Tinning, 1987; Kirk, 1986; Fernández-Balboa, 1993; Pettit, 1992; Bain, 1990). Pero incluso en el caso de que las materias más específicas de la formación del profesorado (como la pedagogía o los estudios curriculares) adoptasen una orientación más crítica y social, su impacto quedaría marginado por el contexto general de reverencia que existe hacia las ciencias del deporte. En consecuencia, los cambios en la formación del profesorado deben ir acompañados de otros que afecten al modo en que se inicia en el saber a los futuros profesionales. Requiere nuevas concepciones de los estudios en el área del movimiento humano.

Los discursos científicos pueden ayudarnos a entender cómo mejorar el rendimiento físico de los atletas, pero tienen muy poca utilidad en relación con los temas de participación en la cultura del movimiento. La ciencia y los discursos del rendimiento no debieran constituir el paradigma de saber dominante. Desde el momento en que algunos de nuestros ámbitos laborales están directamente implicados en temas de participación, lo mismo que otros lo están en el rendimiento, es esencial que, en los programas de formación de los futuros profesionales, estimemos el *status* y reconocimiento que merecen las ciencias sociales. Pero necesitamos algo más que simplemente más ciencias sociales. Necesitamos *reconceptualizar* su naturaleza y el uso que hacemos de ellas. Como sugiere Maguirre (1991), necesitamos una nueva síntesis multidisciplinar que evite el positivismo y se centre en el desarrollo humano más que en el rendimiento.

6. COMENTARIOS FINALES

En mi opinión, las tensiones entre los discursos que orientan el ámbito del movimiento humano son considerables. Por otra parte, no existe tampoco ninguna duda de que los discursos orientados hacia el rendimiento son los dominantes en la formación de los futuros profesionales. El problema se agrava también por el hecho de que estamos viviendo en un época de racionalización económica en la que los presupuestos de las facultades están siendo seriamente revisados. En este período de crisis, la educación y otros servicios sociales se encuentran sometidos a críticas muy severas, y la ciencia, a pesar de las poderosas dudas sobre su método y su subyacente ideología, continúa siendo ensalzada como el prerrequisito indispensable para el progreso hacia un mundo mejor. En este contexto, diferentes grupos compiten entre sí por unos recursos cada vez más escasos. En el día a día, el área del movimiento humano vive surcado por las disputas y tensiones entre las profesiones orientadas hacia el rendimiento y las orientadas hacia la participación. Estas luchas son ideológicas (Lawson, 1991), tienen raíces pro-

fundas y reflejan los diversos modos en que concebimos el campo de estudio y su misión.

Una cosa parece cierta: si no queremos que las fuerzas centrífugas internas de nuestra disciplina acaben por desintegrarlo, debemos mejorar el modo en que preparamos a los futuros profesionales, el modo en que les iniciamos en un estudio más multidisciplinar del ser humano en su *conjunto* (Maguirre, 1991). Además, si pretendemos defender con legitimidad el carácter asistencial del movimiento humano, debemos atender a la advertencia de Sage (1991) y afrontar seriamente la cuestión de si nuestras prácticas profesionales contribuyen realmente a la realización de un mundo mejor. Nosotros también debemos participar sin titubeos en la crítica de muchas prácticas sociales opresivas e injustas relativas a la actividad física y el cuerpo. Debemos tener una conciencia social. Necesitamos prepararnos para explorar nuevos saberes y formas de pensar, y estar menos preocupados por salvaguardar nuestras viejas ideas (Schempp, 1993).

Formulemos una profecía optimista: podemos mejorar si comenzamos por reconceptualizar el modo en que formamos a los futuros profesionales. Sin embargo, como entre nosotros coexisten profesionales cuyas prácticas se apoyan en discursos muy diferentes, quizá antagónicos, las posibilidades de fracaso parecen grandes. A pesar de todo, hay una cosa cierta: si no nos planteamos reconsiderar lo que entendemos por movimiento humano, aquéllos de nosotros que concebimos nuestro trabajo como orientado hacia la participación nos veremos progresivamente marginados, a la vez que la apisonadora de las ciencias de la actividad física y el deporte arrase el espacio de la EF y de la recreación.

BIBLIOGRAFÍA

- BAIN, L. (1990): «Visions and voices». *Quest*, 42 (1), pp. 2-12.
- CONNELL, R. (1987): *Gender and power*. Polity Press, Cambridge.
- CRUM, B. (1993): «Conventional thought and practice in PE and physical education teacher education: problems of the profession and prospects for change». *Quest*.
- DEWAR, A. (1987): «The social construction of gender in PE». *Women's studies international forum*, 10 (4), pp. 453-466.
- FERNÁNDEZ-BALBOA, J. (1993): «Critical pedagogy in PETE: helping prospective PE teachers become reflective practitioners and transformative intellectuals». *AISEP conference or reflective teaching in PE*, Trois Rivieres. Quebec, Canadá.
- FITZCLARANCE, L. (1990): «The body as commodity». En LAWRENCE, D./ROWE, G. (eds.): *Sport and leisure: trends in Australian popular culture*, Sydney, HBJ.
- KIRK, D. (1986): «A critical pedagogy for teacher education: toward an inquiry oriented approach». *Journal of teaching in PE*, 2 (2), pp. 155-176.
- (1990): «Knowledge, science and the rise and rise of human movement studies». *ACHPER National Journal*, 127 (summer), pp. 25-27.

- (1993): *The body, schooling and culture*, University Press, Deakin.
- LAWSON, H. (1984): «Problem setting for PE and sport». *Quest*, 36, pp. 46-60.
- (1991): «Specialisation and fragmentation among faculty as endemic features of academic life». En *AISEP world congress*, Atlanta, Georgia.
 - (1993): «After the regulated life». En *National Association for PE in Higher Education*, Florida, Ft. Lauderdale.
- MAGUIRRE, J. (1991): «Human sciences, sport sciences, and the need to study people "in the round"». *Quest*, 43, pp. 190-206.
- MCDONALD, M. (1992): *Put your whole self in*, Ringwood, Penguin.
- MCKAY, J./GORE, J./KIRK, D. (1990): «Beyond the limits of technocratic PE», *Quest*, 42.
- PEIRÓ, C./DEVIS, J. (1993): «Health based PE in Spain: the conception, implementation and evaluation of an innovation». (Trabajo no publicado).
- PETTIT, A. (1992): «On bridges, roads and pathways: a personal journey toward "tikkun"». En *Join AARE/NZARE Conference*, Deakin University, Australia.
- SAGE, G. (1991): «Sport and PE and the New World Order: dare we be agents of social change?» *Quest*, 45 (2), pp. 151-165.
- SCHEMPF, P. (1993): «The nature of knowledge in sport pedagogy». En *World university games conference*, NY, Buffalo.
- SHILLING, C. (1993): *The body and social theory*. Sage, London.
- SCHON, D. (1993): *The reflective practitioner: how professionals think in action*, Basic books, New York.
- THEERGE, N. (1991): «Reflections on the body in the sociology of sport». *Quest*, 43 (2), pp. 123-135.
- TINNING, R. (1987): *Improving teaching in PE*, University Press, Deakin.
- (1992): «Teacher education and the development of content knowledge in PE teaching». En *The place of general and specific teaching methods in teacher education*, Universidad de Santiago de Compostela.
- WHITSON, D. et al. (1990): «The scientization of PE: discourses of performance». *Quest*, 42 (1), pp. 52-76.

(Traducción: José Ignacio Barbero González y Lucio Martínez)